ZORAIDA GONZÁLEZ ARRILI

EL HAMBRE

El hambre carcome tus vísceras y el agua sucia que bebes
sedienta, te hace drenar como fuente oxidada para que tu vida
huya del horror.
No hay dolor que no agotes
apagada antes del mediodía como el destino de los mancebos
míticos.
Aún, hoy, están desencadenadas las bestias.
Corren nuevos vientos por árboles ajenos pero tu dolor late
cubierto por un pequeño espejo.
Está tu ventana abierta, veo el campanario, he quedado en
un ángulo de la pieza y pasa la cadena humana que viene a
buscarte, me encojo, por un breve tiempo nadie me empuja.
Ahora y aquí está lo que falta, lo que vine a conocer, no tu
palabra íntima, no lo que me enseñaste.
Queda el culpable exilio y el ayer no vivido
queda el silencio velado que se oculta y la ilusión que te
recuerda, perdida. La penumbra de tu cuerpo no da sombra.
El verdugo no tiene cara, solo garras con sangre coagulada
entre sus uñas.
Arden en la hoguera los otros.
Has estado donde nada existe.
Fuiste idólatra de Norma Shérrer, has soñado con el culpable
día no venido, has mamado veneno ante el crujir de la vieja
escalera, te has dormido con el rumor de la rata que roe
y con el miedo, que teje rápido su tela envolvente.
Estuviste en la frontera de un hombre.
No sabes ya donde has estado.

ASPIRAR A CUBRIRSE

Aspirar a cubrirse de carbones ardientes en verdes pupilas.
Aspirar a separarse de nostalgias danzantes entre el hambre y

la codicia.
Aspirar a bañarse de silencios para lavar los venenos.
Aspirar a defenderse del otro, caníbal hermano.
Aspirar a preguntar lo que callamos ofendidos.
Aspirar, aspirar a legalizar la vida.

EL RECUERDO ESTÁ AGAZAPADO TRAS LA RISA

El recuerdo está agazapado tras la risa.
No hay que recordar.
Todo lleva a nunca hallar.
El viento explora sombras y vacíos
con su bramido suben las olas de miedos
y desde el abandono bajan pulmones oxidados.
Qué el viento sople y arranque los libros del tiempo.
Qué sople y una gran chispa desgarre los escondidos cantos.
Qué sople y haga saltar las chispas de la memoria osada.
Qué sople y arrastre la pesada cadena del silencio.
Y se envuelva en las huellas de los jazmines al anochecer.

ENREDADOS EN LOS CASCOS DE LA NADA

Enredados en los cascos de la nada
galopa el caballo entre un mar
de ocasos y de olvidos.
Blanquea su boca
entre el metal que muerde
la fría correa.
Se espuma la tarde en el relincho
que muere junto al paredón.
Jadean a la par, la infamia y los miedos,
y en la claridad cabecean, piafan, encarcean
sobre los ijares calientes.
El cuero llora sobre los llovidos lomos.
Navego, vuelo, correteo, grito.
Mi vivir y mi morir fatigo
en la fuga sudorosa. Enredado en los cascos de la nada

galopa el caballo entre un mar
de ocasos y de olvidos.